

Ismael Enrique Arciniegas

(1865-1938)

Escribe: HORACIO BEJARANO DIAZ

Inicia el desfile poético de la *Lira Nueva* este bardo, hijo de un pueblecillo recatado entre las breñas santandereanas; periodista que desde las columnas de *El Nuevo Tiempo* supo dirigir la opinión de su partido durante un cuarto de siglo; diplomático que representó dignamente a su patria en Caracas, Santiago y París; prosista ameno, correcto y sencillo; mecenas de los valores del centenario para los que estuvo abierto ampliamente el suplemento literario de su gran periódico y poeta siempre, desde las primeras producciones que se hallan en la antología de Rivas Groot, hasta aquellas que fueron su canto de cisne, cuando después de cantar nuestra conquista y nuestra colonia tuvo su encuentro con el poeta de Venusa, del que realizó una de las mejores versiones de la lengua castellana.

Pocos de nuestros poetas han gozado de tanta popularidad dentro y fuera del suelo patrio como Ismael Enrique Arciniegas. Ello se debe a la multiplicidad de su temática, a la profunda emoción que le imprimió, a la espontaneidad de su versificación y a la elegancia parnasiana de su musa que a través de toda la obra poética del vate santandereano se pasea como reina de una corte del siglo XVIII.

En lo que se refiere a las influencias que revela su poesía, ella es hija, sobre todo en la primera época, del romanticismo francés, alemán y español en la concepción de su misión como poeta, en su visión del mundo exterior, en el contenido de la idea de patria, en los sentimientos de amor, de recuerdo y de dolor y en la incorporación de lo infinito y trascendente a la temática de su mundo poético; tomó, pues, para su poesía todo lo que de valor estético se encuentra en la escuela de Víctor Hugo, de Byron, de Leopardi, de Heine y de Bécquer; pero como anota Fernando de la Vega: "su romanticismo no se impregna de aquel tono dulzarrón que empalaga el ánimo más plañidero; se distribuye templadamente en pequeñas dosis, que nunca sienta mal, y antes, cumple el fin prodigioso que se viene encomendando al arte, como el de encender y pulir nuestra naturaleza por medio de la emoción, el de espiritualizarla para mejorarnos y enaltecernos". Más tarde y en plena madurez, de acuerdo con aquello que leemos en

la introducción a su *Antología Poética*: “mi poesía es de molde clásico, pero tiene ojos abiertos a lo nuevo, siempre que lo nuevo sea emoción y armonía”; adoptó la forma parnasiana, llegando así a estrofas cinceladas pacientemente y a versos en que la precisión y la elegancia se dan la mano. Por eso pudo escribir con verdad:

“Las visiones desfilan con su real decoro, y en mis estrofas, ménsulas de mármoles que labro, van sonando las rimas como espuelas de oro”.

Por eso Ignacio Rodríguez Guerrero, quien como biógrafo de Arciniegas y crítico de su obra nos ha dejado el estudio más completo, brillante y erudito que sobre el poeta existe, escribe: “El romanticismo del poeta no fue absoluto y exclusivista; vistió siempre —al menos después de su primera época— con una severa clámide de sobriedad parnasiana, resultando de ello una obra de arte cabal: así un pomo de primoroso tallado que recatase una sutil esencia embriagadora”.

La temática de Arciniegas, como poeta original, ya que como traductor ocupa entre los nuestros lugar prominente y por esa fase lo estudiaremos más adelante, es amplia, pero podemos reducirla a *naturaleza, patria, amor, dolor, arte, recuerdo e infinito*. En desarrollo de estos temas ya en poesía de amplio ropaje, ya como miniaturista, se revela siempre como gran poeta y debido a varias circunstancias muchas de sus obras se han atribuido a Rubén Darío, a Julio Flórez, a Alejandro Vega y a otros poetas; y uno de sus poemas más populares *En Colonia* fue burdamente plagiado por nadie menos que por don Francisco Villaespesa.

Como poeta de la naturaleza, Arciniegas rivaliza con los grandes maestros que cantaron al mundo exterior y supieron hallar en él una interpretación de la realidad que bajo su apariencia se encierra o una proyección de la propia síquis: Samain, Rodembach, Jammes, Verhaeren, Gutiérrez González, Rivera, Chocano. Unas veces es el gran cuadro que cubre todo el muro de su palacio encantado; otras la miniatura discreta y las más, el paisaje lleno de luz y de colorido con una evocación del pasado o una mirada hacia el futuro, que dejan la sensación alegre del ensueño o la agrídulce de la remembranza.

Su *canto al río Magdalena*, “en que la majestuosa solemnidad de las estrofas diríase que hace coro al bronco y perezoso rodar del río inmenso”, es un gran fresco en que lo objetivo se conjuga con lo subjetivo; en que la técnica métrica se supera y en que se expande el patriotismo del autor.

Al anochecer, como lleno de música, aparecen todas las sensaciones y sentimientos que a la hora del crepúsculo embargan el alma del poeta:

*Canta la fuente en el jardín. La tarde
Se apaga, seda y oro, y una nube
En el ocaso entre arreboles arde.*

*Baja la noche. El pensamiento sube
En torno, sombras. El bosque es negra mancha.
La visión del espíritu se ensancha,
Y el alma en el recuerdo se concentra.*

*En las manos la frente taciturna,
Sueños... Sombras. Callada la arboleda.
Todo se ha ido...
En la quietud nocturna
El rumor de la fuente solo queda.*

Los domingos de la infancia, es una evocación realista de la niñez, con repiques de campanas bajo el cielo azul, con caminos llenos de labriegos que acuden a la liturgia dominical, con la magia que para esa edad se encierra en la palabra vacaciones, con el ruido y el olor característicos de los mercados de aldea, con la luz anaranjada de la tarde y con explosión de luceros sobre las montañas lejanas:

*Las campanas, los domingos,
Con su alegre repicar,
Eran canto de alborozo
Bajo el cielo matinal.
Hoy las oigo solo en sueños
¡Cómo es triste recordar!*

*Los domingos... ¡cuán lejanos
Esos tiempos están ya!...
Sin escuela, por las calles,
Campo, río, libertad.
Los domingos de la infancia...
¡Cómo es triste recordar!*

*Los domingos, por el puente
Cuántas veces ví pasar
Para misa a los labriegos:
Las campanas ya no oirán
Muchos de ellos, bajo tierra...
¡Cómo es triste recordar!*

*En redor de las fogatas,
En la plaza del lugar,
Los rapaces nos uníamos
Al venir la obscuridad,
Y saltábamos sobre ellas...
¡Cómo es triste recordar!*

*Los domingos en la noche,
Ya cansados de jugar,
Nos rendíamos al sueño,
En un sueño de honda paz.
Hoy... las noches intranquilas!
¡Cómo es triste recordar!*

Los domingos de la infancia...
¡Qué dichoso despertar!
El vestido limpio, frutas,
Campo, río, libertad!
¡Ya la tarde... todo lejos!
¡Cómo es triste recordar!

Paisaje, es un cuadro acabado, digno de Coubert o de Carot:

De verdes sauces entre doble hilera,
De la agria roca al coronar la altura,
A lo lejos, cortando la llanura,
Se ve la polvorosa carretera.

Donde se parte en dos la cordillera
Se divisa una casa, y su blancura
Resalta del trigal en la verdura
Cual si velamen de una barca fuera.

Del saucedal el ramaje amigo
Clavo la vista en el hogar risueño,
De dos almas tal vez dichoso abrigo;

Y bajo el peso de tristeza ignota
Finjo visiones de un borrado sueño,
Y hondo suspiro de mi pecho brota.

Tarde campestre, es un soneto burilado en mármol, que muy bien habrían podido firmarlo Leconte de Lisle o Heredia:

Como un enorme tajo corta el monte la zanja
Que de la serranía lleva el agua al molino,
Y entre las altas rocas y el cielo vespertino
Destella de arreboles una encendida franja.

Dora un fulgor intenso de color naranja
El trigal; hay aromas de huerto campesino;
Y como roja mancha, lejos, junto al camino,
Asoma entre eucaliptus el techo de una granja.

El trabajo del día terminado en la siega,
Van, lentos, y seguidos del gañán, por la vega,
Ya sin yugo los bueyes al conocido pozo;

Y a la luz de la tarde, repleto de gavillas
De trigo, avanza un carro; y el carro es alborozo
De cantares y música bajo rojas sombrillas.

El amor a la patria, que lo llevó a cambiar la lira por el fusil y a llevar una representación en el exterior, honrosa para Colombia, le arrancó estrofas emocionadas como su *Canto a la patria*, evocaciones de nuestra

historia, como las contenidas en su *Romancero de la Conquista y la Colonia* y otros cantos en loa de nuestros héroes y fundadores. De estos poemas dice Camacho Carreño que “son tan esbeltos y cenceños como los cuerpos de Donatello que fulgen en los claustros del Bargello”; otros —*La Gesta heroica* y *La Conquista*— se desenvuelven anchurosos, en alto relieve guerrero, apiñando muchedumbres de jinetes y potros sobre colinas de bronce, como en las decoraciones de Tito Salas, que hicieron de los muros coloniales en casa de Bolívar, “lienzos titánicos”; veamos como muestra, *Antes de Boyacá*, en que Arciniegas se vale de la técnica huguiana para sintentizar un momento crucial de nuestra historia:

*Junio. Mil ochocientos diez y nueve.
Pisba. Es un triste amanecer. La aurora
Las altas cimas débilmente dora
Donde se ve brillar eterna nieve.*

*Ráfaga helada de arbustos mueve;
Silencio y soledad aterradora...
El héroe, en tanto, el horizonte explora...
Caen soldados de fatiga... Llueve.*

*Una sombra obscurece su pupila;
Tiembla su corazón... en remolino
Se alza la bruma. En su corcel vacila.*

*Mas de pronto surgió, cortando el cielo
Un águila... ¡Y siguió por el camino
Que iba indicando el águila en su vuelo!*

El amor es el tema más fecundo dentro de la poesía de Arciniegas; canta a la mujer ideal y a la real, a la novia lejana y a la amada, siempre apasionadamente, artísticamente, ensoñadoramente.

Su poesía erótica más conocida es *A solas*, y con razón, pues representa dentro de la obra de Arciniegas un momento cenital, la expresión más sentida y más cabal de un sentimiento humano llevado a estrofa castellana con precisión envidiable. Es, como dice muy acertadamente Rodríguez Guerrero: “el diálogo eterno de los amantes desgraciados; el reproche doloroso a la ilusión de un día; la queja doliente del ensueño que nunca fue realidad, de la esperanza que mintió siempre, de la dicha hecha trizas por el fatal destino de los malos hados”.

Veamos cómo pinta los ojos, los labios y las manos de la mujer amada y cómo se deleita en evocarlos:

*Ojos dulces y claros de gracia peregrina
Más bellos que los ojos cantados por Cetina,
Ojos dulces y claros de gracia peregrina;*

*Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve,
Donde duerme la casta blancura de la nieve,
Mano exangüe y sedeña, mano sedeña y breve;*

*Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina,
Labios rojos que un claro resplandor ilumina,
Labios rojos cual pétalos de rosa purpurina...*

*Ojos que sois fanales en mi noche, ojos claros,
Labios rojos y manos, cual mármoles de Paros,
Dejadme de rodillas y éxtasis besaros.*

Recordando, es un poema evocador de los ensueños de juventud, de las primeras emociones del amor con todas sus esperanzas, ingenuidades e ilusiones:

*Triste adiós de un pañuelo. Suave presión de mano,
Como una ardiente y muda promesa junto a un piano;*

*Virgen de los primeros amores, fugitiva
Visión, que no sabemos si estará muerta o viva;*

*Reja donde una novia, por entre madre selvas,
Nos decía una noche llorando: "Cuando vuelvas..."*

*Amada que en los tiempos de pubertad divina
Vestías un sencillo traje de muselina,*

*Y que a una margarita, sin sospechar engaños,
Pedías el secreto de tu amor de quince años;*

*Flores que con sus lágrimas de adiós humedecidas
Nos dio, diciendo: "Guárdalas, pero si no me olvidas".*

*Beso de boca amada que duerme ya en la sombra,
Y al través del recuerdo parece que nos nombra;*

*Carta ya amarillenta que encontramos un día,
Donde cada palabra sollozo parecía;*

*Perfume que era el suyo, retrato desteñido...
¡Oh pasado! ¡Oh recuerdos!... ¡Lo que pudo haber sido!*

La poesía elegíaca de Arciniegas se engalana con dos poemas verdaderamente magistrales: *Betsy* y *Elegía*, en los que corren parejas la sinceridad de la emoción, lo bruñido de la estrofa y lo variado de la rima; a los poemas citados deben unirse: *En la agonía*, *Cuando vuelvas* y *Segando*, idilio trágico que puede leerse a continuación:

*Segábamos dichosos. Tus quince años
Eran en primavera quince rosas,
De hojas se despojaban los castaños.
Cielo azul, clara fuente y mariposas.*

*Segábamos. Tu boca, a los fulgores
Del sol, era más bella y escarlata.
Reían, al pasar, los segadores
Viendo tu siega, con tu hoz de plata.*

*“Mira ¡Cuántas gavillas he segado!”
Me decías. Tu voz era dulzura.
Y feliz te miraba en el rosado
Y azul atardecer de la llanura.*

*Y seguimos segando. Sonreída
Alegre y bella, era un encanto verte...
Yo sigo entre la siega de la vida,
Y tú... segada yaces por la muerte.*

El recuerdo, que es una manera de liberación del presente, representó en la poesía de Arciniegas uno de los recursos más socorridos para sentir y producir emoción estética. Así en otro de sus poemas más conocidos, *En Colonia*, vuelve a las orillas del Rhin, río que el poeta se complace en evocar, para rememorar la escena de la taberna y de los tres amores; en *Lejos!*, se complace en añorar el amor ausente y en *El poeta mira al parque*, vuelve hacia atrás en alas de la imaginación, para contemplar de nuevo su juventud dorada de amor y de ilusiones y exclamar, con uno de esos endecasílabos, en cuyo manejo fue maestro:

*Quando se recuerda el pasado,
Hay un deseo de llorar.
¡El árido camino andado
Si se pudiera desandar!...*

La balada del regreso, es una composición inspirada en la última de nuestras guerras civiles, tan humana, tan llena de verdad y de belleza que vale por muchos cantos épicos.

*La compañía y el capitán
Para el asalto, callados van.
Son unos ciento. Por la hondonada
Sopla aura fresca de madrugada.
De un lado y otro fue lucha a muerte...
Y a sangre y fuego rindióse el fuerte.
La compañía y el capitán
Ya celebrando su triunfo están.
A los soldados el jefe abraza,
Y es alegría toda la plaza.*

*Son de cornetas y de tambores...
Al pueblo vuelven los vencedores.
A su hijo entonces dice la madre:
“Esta corona para tu padre
Cuando lo veas, a él correrás,
Y la corona le entregará”.
Fueron entrando los vencedores.
Se agolpa el pueblo. ¡Vivas y flores!
La compañía y el capitán
—Son como ochenta— pasando van...*

*El niño mira, de angustia opreso,
Con la corona lista y un beso,
Desfila lenta la compañía
A los postreros rayos del día.
Pasan soldados... mas él no pasa...
El niño entonces piensa en su casa
Con la corona empieza a andar...
Y al verse solo rompió a llorar.*

Uno de los poemas más perfectos de Arciniegas es *Inmortalidad*, de versos clásicos en la forma, románticos en el fondo y cristianos en las ideas. Todo en él nos habla auditiva y visualmente de la muerte, de cuanto de lúgubre tiene, pero también de consolador para quien el más allá, no es un enigma insoluble sino algo desconocido, pero lleno de luz y de esperanza.

En dicho poema inspirado en la célebre *Elegía* de Tomás Gray, encontramos estrofas tan hermosas y confortadoras como las que siguen:

*La dulce faz en el hogar querida,
que fue en las sombras cual polar estrella;
la dulce faz, ausente de la vida,
¡ya sonrío más fúlgida y más bella!*

*La mano que posada en nuestra frente,
en horas de dolor fue blanda pluma,
transfigurada, diáfana, fulgente,
ya como rosa de Sarón perfuma.*

*Y los ojos queridos, siempre amados,
que alegraron los páramos desiertos,
aunque tras las sombras los mireis cerrados,
¡sabed que están para la luz abiertos!*

.....

*Por eso cuando en horas de amargura
el horizonte ennegrecido vemos,
oímos como voces de dulzura;
¡pero de dónde vienen no sabemos!*

.....

*A nuestro lado van. Son luz y egida
de nuestros pasos débiles e inciertos.
¡No hay muerte!... Todo alienta, todo es vida,
y los muertos queridos no están muertos!*

*Porque al caer el corazón inerte,
un mundo se abre de infinitas galas,
y como eterno galardón, la Muerte
cambia el sudario del sepulcro en alas.*

Si como poeta original Arciniegas ocupa alto sitio en nuestro parnaso, como traductor es sencillamente insuperable. Como solaz en su vida de periodista y como un modo de transmitir su emoción estética ante la lectura de los poetas de otras lenguas, el autor de *En Colonia*, dedicose desde muy joven al agradable cuanto difícil arte de traducir; y llegó a tanta perfección en él, que en muchos casos la versión es superior al original, y en otros, como en las *Odas de Horacio*, el poeta venusino aparece en versos castellanos de lenguaje moderno sin perder el sabor milenario la obra genial del lírico latino.

Arciniegas no fue un traductor asalariado al estilo de Maristany, de Marquina y de Díez Canedo, cuyas versiones nada de poético contienen y fuera del valor informativo para quienes no tienen acceso al idioma original, son positivamente pecados mortales en poesía. Cada poema traducido representaba para Arciniegas una afinidad electiva, algo que guardaba consonancia con su personalidad, que venía a llenar un vacío dentro de su obra original o a expresar un sentimiento, una emoción o una sensación que en su inspiración propia no había podido hallar. Esto podemos comprobarlo a través de sus *Traducciones poéticas*, publicadas en París en 1925, en la magnífica versión de *Los trofeos* de Heredia, y de *Tú y yo* de Paul Gerald, publicada en Bogotá, y su canto de cisne como traductor, *Las odas de Horacio*, editadas en 1950 por el Instituto Caro y Cuervo.

Las traducciones de Arciniegas no son calcos serviles, ni juego de equivalencias verbales desprovistos del matiz peculiar de cada poeta, de la materia prima de cada momento de inspiración, ni de la forma substancial de la índole del idioma traducido y del lenguaje de cada autor; son fruto de un esfuerzo de penetración en el idioma ajeno, de psicología de los poetas cuya obra tradujo, de adaptación al castellano de las genialidades propias de la métrica extranjera y un verdadero trasvase de emociones y de estados de alma ajenos.

Examinando *Las traducciones poéticas*, hallamos que de las ciento veinticuatro poesías contenidas en el volumen, corresponden la mayoría a poetas modernos, algunos poco conocidos, y el resto a los grandes románticos europeos y norteamericanos como Víctor Hugo, Lamartine, Byron y Longfellow.

El poeta de *Las hojas de otoño*, fue para el grupo de *La lira nueva*, padre y maestro; su estética se siguió con devota adhesión: el mecenas y director espiritual del grupo, José María Rivas Groot, se encargaba de iniciar a los neófitos en el culto a su ídolo de ese entonces y en el prólogo de *Víctor Hugo en América*, nos dejó un estudio que es de lo más profundo que se ha escrito en castellano sobre el romántico francés. Por eso, entre las mejores traducciones de Arciniegas están *El aparecido*, en que como en *La epopeya del león* y *Niños pobres* se revela uno de los rasgos simpáticos de la poesía huguiana: su amor por la niñez y por los humildes; en este último poema, Víctor Hugo cuenta la historia de una madre cuyo primogénito iluminó su hogar de sonrisas y de ilusiones pero a quien la garra brutal de la muerte arrebató en hora temprana, dejándola sumida en el más cruel y persistente dolor; un nuevo hijo anuncia su llegada, pero la madre ni con esa esperanza se consuela, pensando en los celos que ha de sentir el que descansa bajo tierra, al ver los mimos que a su hermano

habrán de prodigársele; cuando nace el niño la madre continúa en su obsesión y teme darle su cariño; entonces el poeta nos refiere en un rasgo que llega a lo sublime dinámico del sentimiento:

*Mas de pronto, ¡oh milagro!, con aquel conocido acento,
acento que no olvida, oye al recién nacido
que cerca de su seno y en la sombra callada
murmura: "¡Soy el mismo, pero no diga nada!"*.

Dos joyas un tanto desconocidas dentro de la poesía de Hugo, tradujo Arciniegas magistralmente: *Patmos*, muestra de sublimidad en el pensamiento y *Jesús*, miniatura en que las imágenes son rica pedrería; veamos este último poema:

*Uno de aquellos que a Jesús herían
con blasfemias, después de flagelarlo,
arrancale un puñado de cabellos
en tibia sangre y en sudor bañados;
y dijo, alzando los crispados puños:
"Voy a ofrendarlos a Caifás". El manto
de la noche cayó sobre la tierra
y el hombre caminaba apresurado.
De pronto se detuvo, como presa
de una visión deslumbradora, y pálido
y amedrentado vaciló... Tenía
un haz de resplandores en la mano.*

En el prólogo de *Las traducciones poéticas*, advierte Gómez Restrepo: "Dos grupos de traducciones caracterizan la colección de Arciniegas: el de poetas franceses modernos y el de líricos italianos del siglo pasado. En el primero sobresalen esas composiciones tan típicas de la poesía francesa, en que el autor escondiendo su personalidad, bosqueja un pequeño drama, traza un cuadro breve y sugestivo. Sobresalen estos ingenios en el estudio sutil y delicado de los sentimientos y en el arte con que saben presentar las escenas, variando hasta lo infinito los matices de cada cuadro y vivificando, con el primor del diálogo y la novedad de las imágenes, los más triviales temas". Más adelante añade: "En la selección que ha hecho de poetas italianos, no ha ido a buscar Arciniegas los genios próceres del siglo diez y nueve, los Manzoni y Leopardi, ni al que en la mitad de la centuria empuñó el cetro de la poesía italiana, dándole la concisa majestad de la lírica latina, el autor celeberrimo de las *Odas bárbaras*. Ha preferido formar un grupo de poetas que a la sombra de Carducci y muchos de ellos bajo su magisterio, enriquecieron el Parnaso moderno con obras en que la delicadeza y perfección de la obra artística realza nobles pensamientos y nuevas y sutiles emociones".

Entre las traducciones del francés consideramos como las mejores: *El padre* y *La tabla* de Coppee, saturados de toda la intensidad emotiva que supo poner en su obra, el poeta de los humildes; *El soldado de Maratón* de Renaud, *El niño y la estrella* de Catulle Mendés, *Jardín oculto* y *El testamento* de Haraucourt, *Edad Media* y *El pasado* de Richepin, *Provincia* de Genty y *Sobre una firma de María Estuardo* de Anatole France; mos-

tró predilección Arciniegas por Samain y por Rodembach, en cuya temática y modo de expresión encontró una consonancia con los suyos propios.

De *La casa paterna* de Rodembach trae Arciniegas una traducción que solo es superada por la de Eduardo Castillo; sobre sus preferencias por Samain nos dice Ignacio Rodríguez Guerrero: "Esta predilección es índice muy elocuente de la modalidad de su propio espíritu y de las características de sus tendencias estéticas. Poeta crepuscular de medias tintas arrobadoras y de medios tonos grandemente subjetivos, nadie como él ha logrado expresar en lengua francesa todo eso que los portugueses apellidaron "saudade"; como muestra de las versiones de ese bardo de cuyas poesías "parecen escaparse extraños perfumes que despiertan en nosotros exquisitas emociones", veamos *Ilda*:

*Pálida cual mañana del polo, el talle leve,
Del norte ella tenía la atractiva dulzura;
Todo en tácito acuerdo callaba ante su albura,
Como ruido de pasos que se apaga en la nieve.*

*Su rostro melancólico, por raro sortilegio
Guardó desde la infancia, como luz diluída,
Algo de la belleza de los seres sin vida,
Y a su lado la risa fue siempre sacrilegio.*

*En sus ojos, cual aguas con fulgores de estrella,
El ensueño bogaba, como remero inerte;
Se impregnaba en misterio lo que tocaba ella;*

*Y envolviendo sus bucles en sus dedos de rosa,
Y sellando sus labios el pudor, fue a la muerte
Con el goce supremo de vivir silenciosa.*

Entre los italianos hay traducciones magistrales de Stecchetti, Panzacchi, Arturo Graf y Ada Negri; de esta poetisa, hija del pueblo, que supo de las escaseces, dolores y miserias, cuya lira cantó en versos hechos de lágrimas y sangre las angustias de los humildes y fustigó las injusticias de los poderosos, vemos *El desahucio*:

*Miseria. El alquiler no fue pagado;
Y en desorden, en medio de la vía,
Aquel montón de muebles fue botado...
El desahucio parece una agonía.*

*Llueve; y el aguacero encharca el suelo,
Y moja el carro y muebles carcomidos
Revueltos con andrajos y vestidos...
Hay en el carro un corazón en duelo.*

*Y piensa el lecho en el amor pasado
Que dio vida a dos hijos sin ventura,
Creados para el hambre y la amargura...
¡Oh, del tugurio amor desventurado!*

*Y parece decir con hondo grito:
"¿Con qué derecho la hembra mal nutrida,
Da vida con un ósculo a otra vida?
El amor para el pobre es un delito".*

*Bajo la lluvia cruje el carro. El diurno
Fulgor se va apagando; arrecia el frío...
Va un obrero detrás, mudo y sombrío,
Adusta la mirada, y taciturno.*

*Junto a él, su mujer, de faz doliente,
Y sus dos hijos, que con hambre lloran...
¿A dónde van? ¿A dónde irán?... Lo ignoran,
Y el agua los azota horrendamente.*

*Un gran dolor, como protesta airada,
De los cuatro se mira en el semblante,
Y parece crujir amenazante
En aquella miseria amontonada.*

*Y aquel carro que obstruye la encharcada
Y angosta calle, en tanto que anochece;
Esa miseria que se va, parece
Como el principio de una barricada...*

*Los trofeos de José María de Heredia son la perfección parnasiana llevada a la cumbre, por la temática, por los versos de belleza marmórea y por cierta armonía hierática en la que fue maestro el jefe de la escuela Leconte de Lisle; Arciniegas nos dejó una traducción completa de esta obra de Heredia, digna del modelo "en cuidadosos sonetos, severos en su forma, armónicos en su arquitectura, ajustados en un todo a las normas del arte clásico", como lo estima Rodríguez Guerrero. Leamos *Libro antiguo*:*

*Oh viejo artista, el oro que cincelaste un día
de este libro en el lomo y en el canto bruñido,
a pesar de tus hierros y de tu arte, ha perdido
el brillo rutilante que en otra edad tenía.*

*Las cifras enlazadas que bello adorno unía
en la piel fina y blanca, ya el tiempo ha desteñado,
y los ojos perciben casi desaparecido,
el ramaje de hiedra que en el marfil lucía.*

*Tal vez aquí dejaron algo de su fragancia,
Diana, María Estuardo, Margarita de Francia,
y ojearon sus páginas de artísticos diseños;*

*Y este libro que Clovis doró paciente,
evoca, por extraña sugestión de la mente,
con el perfume de ellas, la sombra de sus sueños.*

Toi et moi de Paul Gerald y tuvo para Arciniegas un atractivo singular, pues su poema *A solas* parece uno de los capítulos de ese "testamento de los años juveniles" que es *Tú y yo*. Según nos lo confiesa en el prólogo de su traducción, tuvo que vencer grandes dificultades para conservar el perfume ingenuo y la delicadeza intimista de la obra de Gerald sin caer en un tonto prosaísmo; pero dada la similitud que encontró entre ciertos rasgos de la poesía de Gerald y la suya, aparece a través de la versión el cariño con que la realizó.

La traducción de las *Odas de Horacio* es verso y poesía a la vez; "Su verso, al decir del Padre Espinosa Polit, fluye ágil, espontáneo, cadencioso y apenas revela la intensa labor que no ha podido menos de costar esta aparente facilidad. La nota dominante es la de armonía y del buen gusto. Ha logrado de una manera sorprendente poner en pleno relieve el carácter de eternamente humano y por tanto siempre nuevo de Horacio".

En el estudio preliminar a esta obra nos da Arciniegas sus ideas para hacer una buena traducción, ideas que transcribimos aquí por constituir un punto muy principal de su arte poético:

"creo que un traductor debe, en general, someterse a las siguientes reglas:

- 1—Toda traducción excesivamente fiel, como se ha venido diciendo desde hace muchos años, es excesivamente infiel.
- 2—Una traducción en verso no es calco.
- 3—El traductor, si cree que puede mejorar un detalle, debe hacerlo.
- 4—El traductor debe preferir la elegancia de los versos a todo traslado literal, si este resulta desaliñado o prosaico.
- 5—El traductor, si encuentra en lo que vierte algo redundante, o impropio, o chocante, debe suprimirlo o modificarlo.
- 6—El traductor debe esforzarse en no poner en situación desairada, con versos mal hechos, al poeta a quien traduce.
- 7—El traductor debe formarse la idea de que compite con el traducido en hacer obra que sea del agrado del lector inteligente, y
- 8—El que se resuelva a publicar traducciones de poetas de fama, debe hacerlo solamente después de que se haya ensayado, durante años, como poeta original y como hábil versificador".